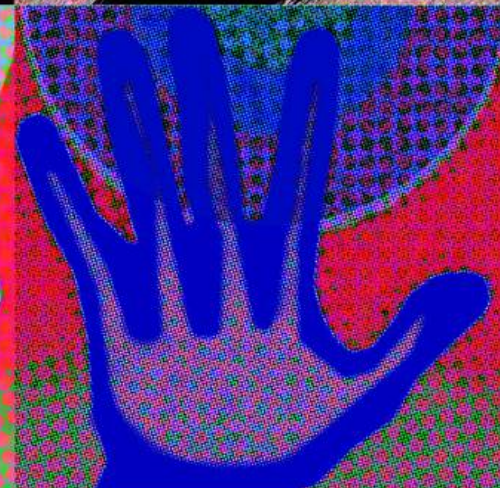
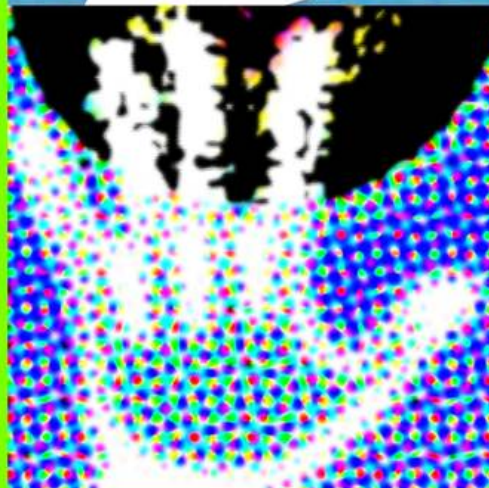
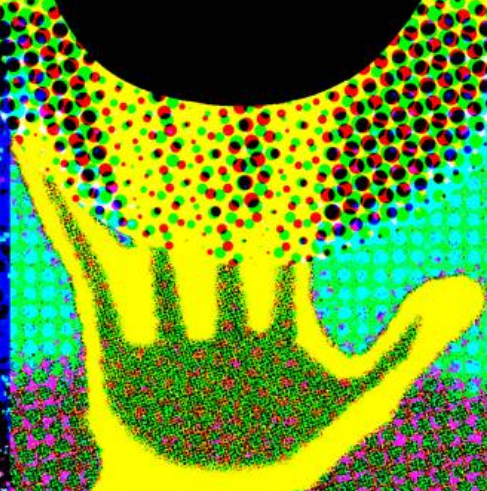


UNA CARÁTULA DE
HERBERT RODRÍGUEZ

FRAGMENTOS

UNA REVISTA QUE PIENSA



FRAGMENTOS

MAYO-2026

ÍNDICE



EDITORIAL

POR PÁVEL GARVAL

#003

- FILOSOFÍA, MALESTAR EXISTENCIAL Y ARTE DE VIVIR – JOSE ILDEFONSO GONZÁLEZ MORILLO
- APRENDER A MIRAR EL MUNDO DESDE LA CALLE – JOAN MANUEL GIRÓN
- RESISTENCIA CULTURAL: ENTRE EL COLOR Y PENSAMIENTO CRÍTICO – ENTREVISTA A HERBERT RODRÍGUEZ POR PÁVEL GARVAL
- ANTE EL LANZÓN MONOLÍTICO – MONCHO HERRERA
- FESTEJAR PARA SOBREVIVIR – TITO MOSQUERA
- DAY OF THE FIGHT (JACK HOUSTON-2024) – JUAN GONZALES

EL RIGOR DE LA PODA

Escribir es un acto de acumulación; editar es un ejercicio de despojo. Quien cuida un jardín sabe que la fuerza de un árbol no depende de las ramas que crecen silvestres, sino del rigor de la poda. La poda no es cortar para destruir, es saber qué quitar: lo superfluo; las hojas muertas que bloquean la luz. Es la única manera de asegurar que la savia llegue con potencia a lo que verdaderamente importa.

En este número 003, en FRAGMENTOS seguimos nuestra propia poda. Una "revista que piensa" es una expresión que descubrimos con Chío, mientras nos seguimos formando. No podemos conformarnos con la inercia de repetir un formato. El pensamiento exige volver permanentemente sobre nuestras herramientas, afinando el pulso, cuidando el espacio en blanco y sumando estrategias que limpien el ruido del entorno. Esta edición expresa nuestra apuesta por lo dinámico, por asumir que la vida no deja de moverse, profundizando en el contraste y la economía del esfuerzo. La palabra cobra un nuevo impulso y la imagen invita a otros a poblar el papel en blanco.

Este proceso no busca la pulcritud de una torre de marfil. Nacemos de la vereda, de la realidad de los sectores populares, y desde esa raíz insistimos en nuestros silencios y nuestras palabras.

En esta edición, el pulso sobre las preguntas de fondo da un salto necesario. En la sección "El Foco", abordamos el malestar existencial desde otra perspectiva; esta vez la mirada llega desde otro lugar del mundo. José Ildefonso, amigo de la vida, filósofo riguroso y hombre de sensibilidad profunda, nos comparte desde España su mirada como asesor filosófico, para ayudarnos a mirar de frente el vacío. Ildefonso desmonta la tendencia contemporánea de patologizar el sufrimiento; para él, la desorientación y la angustia no son enfermedades que deban medicarse ni esconderse bajo recetas de autoayuda rápida, sino contactos radicales con la existencia misma que merecen ser conversados.

En esa misma línea de despojo, Joan Manuel nos arrastra hacia las cuadras de un distrito como Breña, para recordarnos que el pensamiento empieza en la vereda. Su texto es un testimonio de cómo el barrio popular funciona como una pedagogía involuntaria que enseña a habitar la contradicción frente a una urbe que produce aislamiento.

Bajo la premisa de la resistencia, introducimos las "Crónicas de Ocio", poniendo en valor el ocio como una actividad eminentemente creadora y transformadora, lejos del mandato de la hiperproductividad. Es aquí donde Tito nos regala un develamiento musical que es un manifiesto de supervivencia. Al recuperar el pulso del disco "A contraluz" de La Vela Puerca, su crónica nos traslada a un Montevideo relámpago para recordarnos que la música sostiene a una generación y que el disfrute es, también, una trinchera. Por su parte, Juan nos ofrece una lectura incómoda de la película "Day of the Fight", confrontándonos con la idea de que la verdadera paz aparece cuando asumimos la responsabilidad radical de nuestra existencia.

Para este nuevo quiebre, hemos cedido parte del cuerpo de la revista a la intervención plástica de Herbert Rodríguez. Su arte entra en fricción directa con nuestras páginas. Lo que encontrarán es una interacción entre la semántica del filósofo y la de artista. Además encontraran una breve entrevista con él donde da cuenta del valor de resistir en estos tiempos.

Elegimos la paciencia del artesano. Seguimos afinando el instrumento. Bienvenidos a este nuevo fragmento de realidad.

FILOSOFÍA, MALESTAR EXISTENCIAL Y ARTE DE VIVIR

JOSE ILDEFONSO GONZÁLEZ MORILLO

Hay una forma de malestar que todo el mundo conoce, aunque no siempre sepamos qué clase de nombre darle. No se trata de una enfermedad diagnosticable, ni una crisis puntual que el paso del tiempo vaya a resolver por sí solo. Es ese vacío que aparece una mañana cualquiera, sin razón aparente, en medio de una vida completamente ordenada con trabajo, familia, rutinas, obligaciones, mensajes pendientes, planes de futuro... Pero a pesar de que todo parece estar en su sitio, algo por dentro genera una pregunta incómoda:

“¿Y todo esto para qué?”

Antes de indagar un poco más quiero aclarar que vivimos en una época que tiende a interpretar cualquier forma de malestar bajo categorías clínicas, psicológicas o productivas, resultando necesario -a mi juicio- recuperar una comprensión filosófica del sufrimiento humano porque no todo dolor interior es una enfermedad. Hay formas de angustia, desorientación o vacío que no indican necesariamente una patología, sino el contacto radical con las grandes condiciones de nuestra propia existencia como son: la falta de sentido, la muerte, la libertad y el aislamiento.

Albert Camus describió ese instante en el que los decorados de la vida cotidiana se derrumban. Es decir, cuando el trabajo, la cena, el sueño, el lunes que vuelve, la repetición de los días... avanzan mecánicamente hasta que aparece el “por qué”. Y cuando aparece, ya no podemos vivir exactamente igual. Estoy seguro de que lo has experimentado en algún momento de tu vida, o incluso lo estas viviendo en este preciso instante.

LA VIDA ES UNA FIESTA



El caso es que, lo que despierta este tipo de experiencias, no suele ser “necesariamente” una patología, sino nuestra propia conciencia. Y aunque duela, su aparición puede marcar el inicio de un proceso realmente valioso. De hecho, la filosofía comienza muchas veces ahí, no cuando tenemos respuestas sino cuando la vida deja de parecernos tan evidente. Por eso considero que hay dolores que no deben ser sofocados de inmediato, sino comprendidos. Porque quizá no vienen a destruirnos, sino a mostrarnos algo que no estábamos mirando.



Uno de los errores más frecuentes de nuestra época consiste en interpretar cualquier forma de sufrimiento como anomalía. Vivimos bajo una presión silenciosa hacia la funcionalidad. Hay que estar bien, rendir, adaptarse, responder, producir o mantener la compostura. Y desde esa mirada, quien se detiene a preguntarse por el sentido de su vida puede parecer alguien que “se complica demasiado”. Por lo que es muy habitual tratar de traer al redil a quien atraviesa una crisis interior; devolverlo cuanto antes a la “normalidad”. Para, precisamente, sentirnos también nosotros como personas normales y corrientes.

Pero es que quizá la normalidad también deba ser interrogada. Si lo piensas, hay vidas aparentemente adaptadas que están profundamente vacías. Hay personas eficaces, responsables y socialmente funcionales que, sin embargo, han perdido el contacto con su deseo, sus valores o su verdad interior. Y, al contrario, hay momentos de crisis que, aunque dolorosos, pueden vincularnos con nuestra vida de un modo mucho más profundo, directamente a nuestra raíz.



Estimo que este malestar existencial no debe ser confundido automáticamente con una psicopatología o anomalía, aunque puede derivar en sufrimiento clínico, desde luego, y en esos casos será totalmente necesaria la intervención psicológica o médica adecuada. Pero en su raíz, a veces, no estamos ante una enfermedad, sino ante una confrontación con las condiciones fundamentales de la existencia.

De hecho, la filosofía helenística (y también otras tradiciones) siempre ha trabajado en esa zona intermedia, humana y radical, donde la persona no necesita ser diagnosticada, sino ayudada a pensar. Entendiendo el cuestionamiento filosófico no como una herramienta con la que averiguar “qué síntoma tienes”, sino una práctica vital con la que conocer y entender “qué comprensión de la vida sostiene este sufrimiento”, “qué creencia está operando aquí”, “qué valor ha sido herido”, “qué verdad estás evitando” o “qué forma de vida está intentando nacer”.



Según algunas de las tradiciones clásicas de la filosofía, no sufrimos únicamente por lo que nos ocurre sino por la interpretación que hacemos de lo que nos ocurre. Esto no significa negar el dolor ni caer en un optimismo superficial. Más bien, reconocer que entre el acontecimiento y nuestra reacción existe un espacio de juicio.

De este modo, las emociones no son simples tormentas irracionales que nos asaltan desde el cuerpo. Son modos de evaluar la realidad. Cuando siento miedo, algo aparece ante mí como amenaza. Cuando siento ira, algo se presenta como injusticia. Cuando siento vacío, quizá estoy evaluando mi vida como carente de un fundamento que esperaba encontrar. La emoción revela siempre una lectura del mundo.

Por tanto, si las emociones contienen juicios, entonces pueden ser examinadas. No reprimidas. No anuladas. Examinadas. Paliadas. La pregunta no es “¿cómo dejo de sentir esto cuanto antes?”, sino “¿qué está diciendo esta emoción sobre mi manera de comprender la realidad?”.



Por ejemplo, detrás de una sensación de fracaso puede haber una idea no examinada de éxito. Detrás de una culpa persistente puede esconderse una concepción excesiva del deber. Detrás de una angustia ante la libertad puede haber una dependencia profunda de modelos externos. Una emoción intensa puede señalar un valor que hiere, una expectativa que no reconocemos, una creencia que heredamos hace años o una interpretación demasiado rígida del mundo.

Vivimos en un mundo en el que nos culpamos por sentir, cuando reconocernos en nuestro propio sentir nos permite recuperar ese margen de libertad ante nuestras interpretaciones. No elegimos siempre lo que sentimos de inmediato, es cierto, incluso reaccionamos en la mayoría de las ocasiones, pero sí podemos aprender a dialogar con aquello que sentimos y comenzar a conocernos a nosotros mismos un poco más cada día.

Para conocernos cada día un poco más, en mi caso, cuento con una idea clave: hay cosas que dependen de nosotros y cosas que no dependen de nosotros.

Dependen de nosotros nuestros juicios, nuestras decisiones, nuestros deseos, nuestra actitud, nuestra manera de responder. No dependen completamente de nosotros el cuerpo, la fama, el dinero, la opinión ajena, el pasado, la muerte o el resultado final de nuestras acciones.

Y si lo piensas, esta distinción se centra justo en todo aquello en lo que tenemos el control de nuestra propia acción. Enseñándonos a dejar de gastar energía en todo aquello que no podemos controlar, porque el primer territorio de transformación es siempre uno mismo: no como refugio narcisista, sino como punto de partida de una acción más clara y más justa.

De hecho, la pregunta “¿cuál es el sentido de mi vida?”, te posiciona precisamente en una butaca de salón mientras esperas recibir una respuesta. Pero y si pruebas a enfrentar dicho cuestionamiento desde una fórmula más activa y responsable, como por ejemplo: “¿qué sentido puedo construir con lo que tengo, con lo que soy y con lo que me ha ocurrido?”

El sentido de vida no siempre se descubre como quien encuentra un objeto escondido. Se crea. Se teje. Se decide. Se encarna en acciones, vínculos, valores y compromisos. No aparece necesariamente como una revelación definitiva, sino como una orientación que va tomando forma mientras vivimos.

Ojo, esto no significa que todo sufrimiento ocurra “para algo”. Romantizar el dolor como “conditio sine qua non” es una soberana idiotez. Hay dolores que no tienen justificación. Hay pérdidas que no deben ser embellecidas. Hay heridas que no necesitan una explicación edificante. Pero sí podemos preguntarnos qué hacemos con aquello que nos sucede. Podemos permitir que una experiencia nos hunda por completo o podemos integrarla, con tiempo y trabajo, en una narrativa vital más amplia.

Crear sentido no es negar el dolor. Es impedir que el dolor tenga la última palabra. Eso es todo.

José Ildefonso González es Licenciado en Filosofía por la Universidad de Málaga y cuenta con un Máster en Estudios Latinoamericanos: Cultura y Gestión, por la Universidad de Granada. Su actividad se centra en la filosofía práctica, el asesoramiento filosófico y el estudio de la búsqueda de sentido, la identidad narrativa, la ética aplicada y las formas contemporáneas del arte de vivir. Actualmente dirige el Instituto Naosofía, dedicado a la investigación, divulgación y aplicación de la filosofía en contextos de reflexión personal y acompañamiento existencial.



Y en este sentido, el asesoramiento filosófico parte de una convicción sencilla: muchas personas no necesitan que alguien les diga qué hacer, sino que les ayude a pensar con mayor claridad lo que están viviendo. Puede decirse que son maestros en el arte de vivir. Y nuestra tarea, no consiste en imponer respuestas, sino en acompañar un proceso de comprensión utilizando prácticas filosóficas como la escucha hermenéutica, el diálogo socrático, la clarificación de valores, la revisión de creencias, la resignificación de experiencias y el análisis del discurso interno.

La filosofía como terapia no promete una existencia sin dolor. Vivir implica perder, decidir, equivocarse, separarse, envejecer, morir. Pero sí puede ayudarnos a sufrir de un modo menos ciego. Puede enseñarnos a distinguir entre dolor y resistencia al dolor, entre acontecimiento e interpretación, entre miedo y verdad, entre adaptación y autenticidad.

Ese malestar que no siempre sabemos como nombrar, no siempre viene a destruirnos. Más bien a despertarnos, obligándonos a mirar donde preferíamos no mirar. Nos devuelve preguntas que la prisa había sepultado. Nos recuerda que no basta con estar vivos; también necesitamos existir con sentido, presencia y responsabilidad.

Y ante aquellas frases que nos repetimos como: “no puedo fallar”, “si descanso, pierdo el tiempo”, “si me elijo, soy egoísta”, “a mi edad ya debería haberlo conseguido”, “si cambio de rumbo, fracaso”..., la tarea del filósofo asesor no es apagar tales juicios y creencias, sino acompañarlos, darles forma, hacerlos habitables. Porque no surgen para resolverse de inmediato, sino para ensanchar el alma y nuestra manera de vivir.

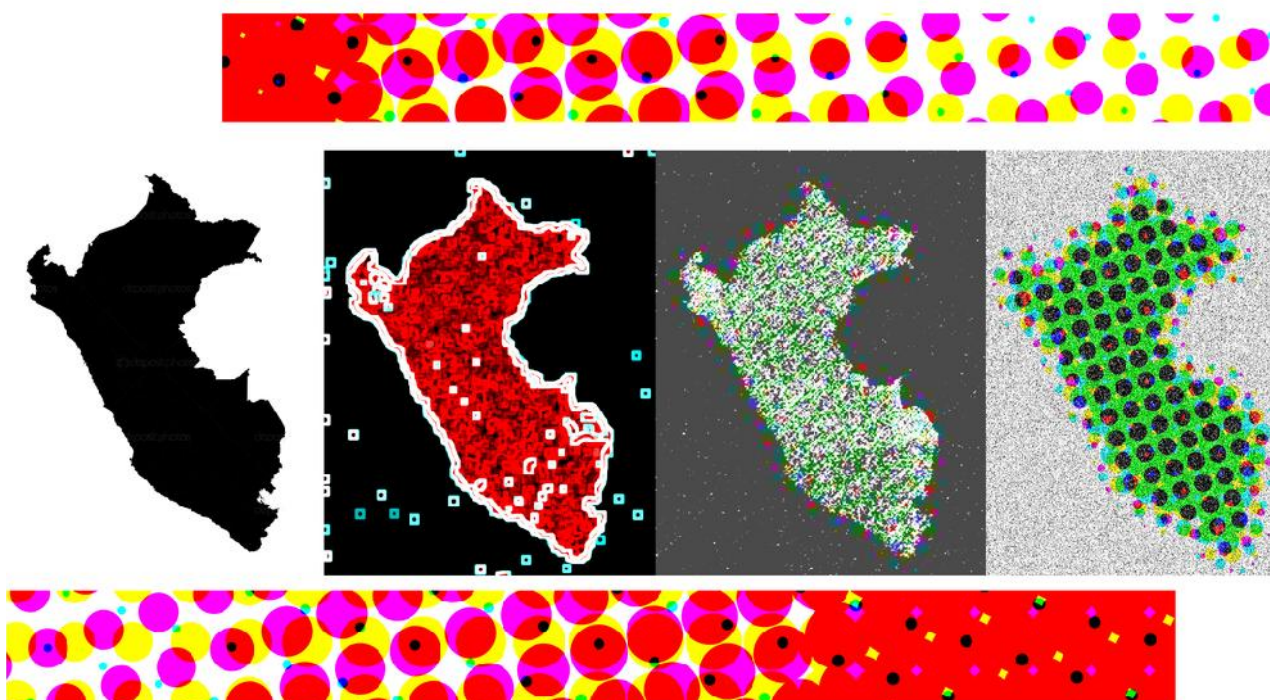


APRENDER A MIRAR EL MUNDO DESDE LA CALLE

JOAN MANUEL GIRÓN

A lo largo de nuestra vida transitamos por lugares que no solo nos ven crecer. También nos enseñan, incluso antes de que tengamos palabras para comprender qué estamos aprendiendo. Lugares donde la vida empieza a educarnos mucho antes que la escuela, la universidad o los libros. Lugares que se convierten, sin pedir permiso, en una manera de estar en el mundo. Y Breña fue eso para mí. Y, acaso, lo sigue siendo.

Aunque nací en Jesús María -por esas casualidades de parto en Lima- y mis primeros años transcurrieron en La Victoria, en el barrio de El Porvenir, fue en las cuadras 13 y 14 de Arica, en Breña, donde empecé realmente a entender ciertas pulsiones que con los años la filosofía, el teatro, la poesía y la educación terminarían ayudándome a nombrar. Viví allí desde los ocho hasta los catorce años. Luego regresaría nuevamente durante la adolescencia tardía, hasta los diecinueve. Y muchos años después, casi bordeando los treinta, volvería otra vez, como quien retorna no solamente a un lugar físico, sino a una parte todavía inconclusa de sí mismo. Porque uno nunca vuelve intacto al barrio. Y el barrio, más aún, tampoco permanece esperándonos de la misma manera.



Durante mucho tiempo pensé que crecer en un barrio popular era simplemente una circunstancia más de la vida. Algo anecdótico, casi automático. Recién con los años comprendí que no. Que el barrio también forma sensibilidad, lenguaje, cuerpo, maneras de desconfiar, maneras de querer, maneras de resistir y hasta formas particulares de caminar por el mundo. Y por eso, Breña, nunca fue para mí solo un distrito. Se insertó a mi vida como una pedagogía involuntaria. Una escuela abierta donde convivían, de manera brutal y hermosa, al mismo tiempo, la solidaridad y la precariedad, la fiesta y el cansancio, la ternura y la violencia cotidiana, la esperanza y el desencanto; dualidades avasalladoras. Porque eso tienen los barrios populares latinoamericanos. Enseñan a convivir muy temprano con la contradicción y el absurdo.

Uno aprende rápido que hay vecinos capaces de darte comida cuando no alcanza nada en casa, pero también aprende que la desigualdad nunca descansa. Aprende que una calle puede

ser espacio de juego durante la tarde y escenario de miedo por la noche. Aprende que la bodega no es solo un negocio, sino una pequeña red de confianza. Aprende que la conversación en la esquina muchas veces contiene más verdad sobre el país que muchos discursos políticos o académicos. Y aprende también algo más difícil de nombrar. Que en los barrios populares el reconocimiento humano todavía sobrevive en medio del abandono.

Mucho tiempo después, leyendo a pensadores como Hannah Arendt o Charles Taylor, comprendí que la identidad humana no se construye únicamente desde lo individual, sino desde la posibilidad de ser reconocido por otros dentro de una comunidad. Pero, yo, esa experiencia ya la había vivido antes de leerla. La había abrazado -o ella a mí- en las pistas, en las canchas de fútbol, en los mercados, en las conversaciones entre vecinos, vecinas, en la señora que sabía quién eras aunque no compartiera tu apellido, en el amigo que aparecía cuando había problemas sin necesidad de demasiadas explicaciones.



El barrio tenía memoria de uno. Y eso hoy me parece profundamente político. Porque vivimos tiempos donde las ciudades producen cada vez más anonimato. Cada quien, encerrado en su pantalla, en su rutina, en su pequeño archipiélago emocional. Las grandes urbes contemporáneas prometen conexión permanente, pero muchas veces producen exactamente lo contrario: sujetos aislados, visibles, sí, pero profundamente solitarios.

Breña, con todas sus fracturas, todavía conservaba algo que el mundo contemporáneo parece haber perdido, intencional y aceleradamente; esto es, la experiencia misma del encuentro. La calle era encuentro. Y no hablo de una visión romántica, porque la calle también podía ser hostil. Había violencia, machismo, precariedad, racismo, desigualdad, frustraciones acumuladas. Había adolescentes que quedaban atrapados demasiado temprano en dinámicas que el país nunca quiso resolver realmente. Había adultos agotados sosteniendo vidas imposibles. Había familias enteras sobreviviendo con una dignidad conmovedora, silenciosa y poco comprensible. Pero incluso dentro de esa dureza persistía algo. Una forma de reciprocidad. Una lógica no escrita donde las personas todavía entendían, aunque fuera de manera intuitiva, que nadie se salva completamente solo.

Tal vez por eso el reciente campeonato de confraternidad de las familias y amistades del barrio de Arica -el pasado 1 de mayo- terminó movilizándome tanto. Porque mientras veía a diferentes generaciones compartiendo la cancha, celebrando, discutiendo, abrazándose, recordando a quienes ya no están, entendí algo que había permanecido mucho tiempo rondándome por dentro sin terminar de encontrar forma. Ese campeonato no era solamente un evento deportivo. Era algo más. Era la persistencia de una memoria colectiva. Una forma de decirnos, incluso en medio de un país roto y desigual, que todavía existen espacios donde las personas buscan encontrarse sin que todo esté mediado por el consumo, la productividad, el cálculo o el algoritmo.

Es que más de sesenta años sosteniendo una tradición organizada desde el propio barrio no es poca cosa. Y eso también dice algo del Perú. Porque mientras muchas instituciones públicas y privadas hablan continuamente de comunidad, ciudadanía o integración, son los propios barrios los que muchas veces terminan sosteniendo, casi en soledad, esos pequeños tejidos humanos que impiden que la vida se vuelva completamente indiferente.



El barrio educa incluso cuando no se lo propone. Educa en códigos, en supervivencia, en humor, en desconfianza, en cuidado, en pertenencia. Y también educa políticamente, aunque no utilice ese lenguaje. Paulo Freire decía que toda educación es siempre una forma de intervención en el mundo. Y hoy sospecho que la calle también lo es. Solo que no aparece en los sílabos oficiales. No entrega certificados. No organiza ceremonias de graduación. Pero deja marcas profundas.

Muchas de las preguntas éticas, políticas y humanas que atraviesan hoy mi trabajo, entiendo ahora, que nacieron allí, antes de cualquier formación académica. Nacieron viendo cómo ciertas personas tenían que esforzarse el doble o el triple para acceder a las mismas oportunidades, o al menos acercarse a alguna. Nacieron observando cómo algunos talentos terminaban desperdiciados simplemente porque el país nunca construyó condiciones mínimas para sostenerlos. Nacieron escuchando conversaciones familiares sobre trabajo, cansancio, miedo e incertidumbre. Nacieron entendiendo que el Perú no se parece demasiado a la imagen que muchas veces intentan vendernos desde la clase dominante -ojalá algún día, dirigente- que nos gobierna.

Porque el Perú real suele parecerse más a una cancha de barrio un primero de mayo que a muchos discursos oficiales sobre democracia, progreso o modernidad. Y quizás por eso sigo regresando, siempre, de distintas maneras, al barrio, a mi barrio, a Breña.

A veces pienso que crecer en un barrio popular latinoamericano consiste, en parte, en aprender demasiado temprano que la vida puede ser injusta. Pero también consiste en descubrir que incluso dentro de esa injusticia las personas siguen reinventando formas de acompañarse. Y quizá allí siga existiendo una pequeña posibilidad de esperanza. No una esperanza ingenua, vacía. Sino una más frágil y más humana. La esperanza de que todavía podamos reconocernos unos a otros antes de convertirnos, en definitiva, en extraños.



RESISTENCIA CULTURAL: ENTRE EL COLOR Y PENSAMIENTO CRÍTICO

UNA BREVE ENTREVISTA CON HERBERT RODRÍGUEZ, UN ARTISTA PLÁSTICO CON UNA OBRA QUE DICE LO QUE PIENSA.

¿Cómo dialoga tu archivo visual y propuesta con la realidad social contemporánea donde cada vez se piensa menos?

Desde la resistencia. El generalizado desprecio por la cultura en el Perú (la evidencia: la tv y prensa basura esparciéndose normalizada, la poca importancia del Ministerio de Cultura, la ausencia de políticas públicas en arte contemporáneo, los currículos obsoletos de escuelas de arte, etc.) es el contexto en el que el artista debe crear una propuesta artística autónoma. Lo he venido haciendo en la escena por décadas. A fines del 70 e inicio del 80 con el Taller Huayco con el referente de la Teoría Social del Arte; en la segunda mitad del ochenta en la primera ola subte; y hacia el final de la década impulsando Arte Vida; luego, en la década de la dictadura fujimorista, colaborando con organizaciones de defensa de los DDHH; y, en los años finales de la década, pleno activismo antidictadura desde “El Averno” de Quilca. Llega el nuevo siglo y me sumo a la agenda de luchas de las resistencias creativas antineoliberales. Visto así, podría ironizar que la creatividad disruptiva (del convencional arte institucional) es mi rutina. Creo, y, también, registro y acopio fuentes primarias como base de la memoria crítica para combatir la amnesia, pues me parece que cada cierto tiempo aparecen nuevas generaciones, que, por ausencia de museo e historia del arte, parten de cero. Ya lo que hay son instituciones del arte que sostienen una memoria artificial de sector social apolítico.



¿En tu trabajo habita la crítica social y también el color. ¿Qué nos puedes contar sobre ello?

Sí, abarco lo explícitamente político y estéticamente experimental, y, también, lo estético explícitamente decorativo, que, manya, también resulta altamente político, porque el sector privado que da soporte al arte (como coleccionistas y espacios de exhibición) es elitista. La obra con aspiración al llegar al público amplio es subordinado como “diseño” y NO arte.

Resumiría diciendo que el arte “político” que hago es un tipo de arte que busca responder a la agenda urgente inmediata. El arte “estético” tiene el reto de romper la separación entre el arte y la vida cotidiana de mayorías. En ambas tendencias busco la excelencia en calidad artística.

¿Cómo entiendes el papel de la agitación visual cuando entra en fricción con textos que buscan la pausa y el pensamiento?

Para crear las imágenes para FRAGMENTOS leí los artículos y luego revisé mis archivos de imágenes y collages digitales, para, desde la pulsión intuitiva, generar collages. Veo que el conjunto de imágenes que les he compartido corresponde a la idea de que los procesos reflexivos desde el mundo interior se dan en medio del caos, esto es, similar a querer filosofar (aprehender sensaciones y convertirlas en experiencias) mientras uno está en un auto en el tráfico de hora punta, ¡complicado, pero se puede-se debe!

¿Dónde radica hoy la verdadera potencia de una intervención artística en una publicación independiente? ¿Es la revista digital una nueva trinchera para el arte de resistencia? ¿Qué crees tu?

Chévere vuestra voluntad contracorriente de FRAGMENTOS. Lo normal en un país dominado por el miedo, los prejuicios y la mediocridad, digo, si existe voluntad de independencia, es construir una propuesta encarando el peligro de la soledad, la marginación, la estigmatización buscando sumar personas en la misma onda. Hacer filosofía política en el Perú me hace recordar a Gramsci. Me hace recordar, también, a los fanzines subtes y a la revista Macho Cabrío; bueno, lo que me viene a la mente es la suma de iniciativas de pensar desde lo que pasa en lo cotidiano en nuestro tenso país. Sí, pues, es un aspecto de las resistencias creativas en las décadas.

¿Cómo alimentar a la inteligencia, como decir algo que sea significativo y sume a lograr que surja un movimiento de pensamiento crítico?; pues todo un reto para la vibra intuitiva.

Nacido en Lima en 1959, estudió Pintura en la Escuela de Artes Plásticas de la PUCP y fue miembro del histórico grupo Huayco EPS (1979-1981). Su trayectoria incluye activismo en el espacio público, participación en la escena subterránea (1984-1987) y la Campaña Arte-Vida en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1989-1990). Ha diseñado escenografías para teatro, cine y conciertos, y fue director artístico del Centro Cultural El Averno (1999-2012).

Representó al Perú en la 59° Bienal de Arte de Venecia (2022) y ha expuesto en el Museo Reina Sofía (Madrid). Su trabajo forma parte de instituciones de renombre como el Centro Pompidou (París), entre otras colecciones de museos y fundaciones de Latinoamérica y Europa. Ha sido reconocido con el Premio a la Trayectoria Artística con Impacto Social – Premios AYNi 2023.



ANTE EL LANZÓN MONOLÍTICO

Moncho Herrera



Mamá está detrás de mí empeñada en algún bordado que destinará al embellecimiento de los enseres en casa. Concentrada en el punto cruz, no pierde de vista la lucha que sostengo ante una barra de jabón; ante la tercera barra de jabón, para ser más precisos.

Con la languidez que caracteriza a los docentes de escuela, la responsable del curso de arte nos ha encomendado una réplica del Lanzón monolítico de la cultura Chavín como parte del proceso de evaluación. Antes de que la acribillemos con preguntas cuya única finalidad es aplacar nuestra ansiedad, la docente ha sentenciado: "la réplica debe ser hecha en jabón". ¿En jabón? Como debe suponerse, en aquel momento no he registrado la magnitud ni el costo emocional que dicha tarea promete. Por la despreocupación generalizada y el aire distendido en el salón de clases, no parece que los compañeros previeran alguna dificultad. Lo cierto es que, ya en casa, sin competencia en superficies, proporciones ni en tallado, me he provisto de dos barras de jabón bolívar (una versión hoy inexistente, pero que anteriormente servía para lavar la ropa), sólidos y consistentes como la estela granítica en "2001: Odisea del espacio", del director Stanley Kubrick, y me he lanzado al trabajo.

En contra de mi certeza inicial, el jabón no cede con la facilidad esperada. Por más que visualizo la forma final del Lanzón, la materia se me escurre entre mis dedos: o termino mochando lonjas significativas del insumo o sencillamente el material se parte en dos. El caso es que al segundo intento, con la mesa anegada y salpicada de restos de jabón, y un rótulo lo suficientemente grande en mi mente que dice FRACASO, mi paciencia va en picada.

FRAGMENTOS

Lo reconozco, nunca fui bueno para las actividades que demandaran motricidad fina y mi paciencia jamás fue legendaria como para invertir de tres o cuatro horas en la réplica exacta de un modelo. Pienso: si mi abuela y mi madre me hubiesen enseñado algo acerca de la costura y el bordado al que ellas fueron afines. Sigo pensando: si al momento de diseñar y plantear la tarea, algo sobre cómo lidiar con el propio fracaso se hubiese deslizado en clases. Hundido en el lamento, concluyo: si algo se nos hubiese informado acerca de los maestros que doblegaron el granito al hacer el Lanzón, punto exacto en el que la ingeniería, el arte y la religión convergen. Si tan solo. Pero no fue así y, más allá de los vacíos formativos en la escuela, es fundamental que los niños y adolescentes puedan desarrollar toda una dimensión práctica, tan necesaria para la resolución de problemas en el día a día, como una perspectiva histórica - materialista como para que no piensen que el Lanzón, entre otras cosas, fue puesto ahí por los extraterrestres.

Finalizo. Atenta como estaba al engorroso momento que sostenía con el tallado en jabón, mamá dejó de lado su tejido y fue en mi ayuda. Poco fue lo que ella pudo hacer para que el budoque de jabón se convirtiera en el lanzón estilizado en cuya superficie quedaba representada la divinidad con características felinas. Práctica como era en aquel entonces, mamá habrá pensado que no existe experiencia de aprendizaje o de amor que justifique las lágrimas y el sentimiento de frustración de su hijo; que lo que correspondía a nuestro entorno y nuestras necesidades era hacer una vasija. Una sencilla vasija, dijo. No recuerdo cuál fue la nota lograda por tal actividad, pero saber que mamá estaría allí para sostenerme en cualquiera de mis caídas, es algo que llevo inscrito en el corazón como seguramente las marcas hechas por los maestros precolombinos en la piedra monolítica.

EDUCACIÓN



FESTEJAR PARA SOBREVIVIR

TITO MOSQUERA

La Vela Puerca sostiene este mantra desde la aparición de su disco “A contraluz”, allá por el 2004 y con el cual llegué a conocer a esta banda uruguaya que, siguiendo el legado de los Fabulosos Cadillacs, del rock, ská, reggea y hartó feeling, se suben al escenario a generar una conexión y disfrute único, como el que tienen.

Semanas atrás me volví a encontrar con este disco pero en su versión en vivo, grabada en un estudio por los 20 años. “Vivo a Contraluz” no presenta nada nuevo, pero a la vez suena tan fresco, tan profundo, tan divertido y nostálgico como imagino que fue ese 2004. La banda, ahora ya madura, con personajes ya viejos y robustos suenan mucho mejor, y no solo por la producción, que 20 años después cuenta con herramientas más desarrolladas, sino porque su música se convirtió en el soundtrack de toda una generación en tierras uruguayas.

Debo confesar que no he tenido la oportunidad de verlos en vivo. En uno de mis viajes a Montevideo (uno relámpago) estuve a nada de poder verlos, pero, para tristeza mía, ese mismo día ya contaba con una cita previa y que me dejó a puertas de disfrutar. Sí pude ver toda la activación previa. Banderolas de Peñarol, los choripanes, las remeras y el humo previo que caracteriza la lírica de la Vela.

“Llenos de magia”, la canción con la que abren el disco, es un clásico de la banda, y el título nos da el rumbo por donde van los tiros. Una rebeldía que conecta, 20 años después, con generaciones que descubren a la Vela y saltan como si fueran contemporáneos, compañeros de antaño.

Entre los temas de este disco, “Zafar” fue la canción con los que los conocí, ya muchos años atrás. Hermoso relato sobre tres acordes y un saxofón que te invitan a ver a un sujeto ciudadano que no decae frente a la brutalidad de una ciudad que -a veces- nos aplasta. Un cántico que conlleva esperanza para poder zafar y amargarle a la vida, que a veces se pone insidiosa.

He vuelto a encontrar la belleza de temas como “Va a Escampar”, “Claroscuro”, “En el Limbo”. Un paseo de sensaciones, estados y silencios que muestran a la Vela en un esplendor, para cerrar con la hermosa canción “A lo verde” y su conjunto de guitarras acústicas; una verdadera declaratoria de vida, un manifiesto que todos, alguna vez en vida, deberíamos hacer.



DAY OF THE FIGHT (JACK HOUSTON-2024).

Juan Gonzales

Hay filmes que están sujetos a un arquetipo o modelo tanto a un nivel psicológico como a uno narrativo. Ese es el caso de «Day of the Fight» (Jack Houston-2024). La épica del héroe y su intento de redención forman parte de los relatos que han moldeado nuestra cultura de forma directa e indirecta, de modo que estructuran no solo nuestra afectividad emocional, sino la manera en que normalizamos o interpretamos que deben suscitarse una serie de emociones, sentimientos y situaciones para lograr una vida plena o al menos el intentar alcanzarla.

La trama del filme nos lleva a acompañar a una otrora promesa del boxeo, Irish Mike (interpretado de manera entregada por Michael C. Pitt), el día de su pelea de regreso. Ha perdido todo en su vida (amor, familia, fama, respeto por sí mismo y, sobre todo, la pasión por la vida), pero se encuentra decidido a recuperar el norte de su existencia, desde un acto decisivo en particular, poder volver al mundo del boxeo ganando una pelea al retador del momento.

Lo descrito suena a cliché, y el desarrollo de la ópera prima de Houston, puede parecerlo también. Pero creemos que otra lectura es posible sobre este filme que le hace un guiño con su título al cortometraje con el que inició su carrera el genial Stanley Kubrick.

El filme de Houston puede ser leído, como decíamos, desde el lugar común. Por ello, de una obra fallida, pues no logra brindar algo propio al género. Pero creemos que no sería justo darle como única posibilidad de lectura del largometraje, colocarlo en el nicho de filme de redención o de ajuste de cuentas final. Hay en la película una sensación de vacío, de repetición permanente (producto de optar por una iluminación de alto contraste entre el blanco y negro) que le brinda una dimensión distinta de lectura. ¿Qué ocurre si lo que estamos viendo es solo el anhelo recurrente de alguien que ha perdido todo? Y, que en el afán de recuperarlo, sigue imaginando que aún es posible redimirse, que aún es posible ser una mejor persona. ¿Qué ocurre si nuestra existencia es solo un limbo, un purgatorio eterno, un simple espacio en el que proyectar nuestros anhelos, para volver permanentemente a intentar resolver aquello que nunca podríamos redimir o solucionar? El filme no es solo una alegoría sobre el box, sobre la masculinidad, sobre el éxito, sino que expone un problema profundo y cotidiano: la sensación espesa de nulidad de la existencia. La cual, solo podemos asimilar en toda su extensión de vulnerabilidad y sin sentido, cuando logramos entender que solo asumiendo que somos responsables de todo, tanto de lo que han hecho de nosotros, como de lo que decimos hacer con eso, así como con lo que le hemos hecho a los demás. Quizás, solo luego de haber entendido eso, podamos al fin vivir en paz. Y es ese sentimiento que habría que atender en este pequeño y potente filme, que la crítica y la distribución lamentablemente ha sepultado.



